

La era del corazón

“El nacimiento del nuevo cielo y la nueva tierra”

Recibido por Sebastián Blaksley



Capítulos 1, 2 y 3, gratis

Gentileza de Fundación Amor vivo

www.fundacionamorvivo.org

Capítulo 1. El viaje del alma

I. El origen de todo

Toda alma realiza un viaje sin distancia desde el corazón de Dios hacia el conocimiento de Cristo. Si bien ambos son una unidad, la cual reside en la esencia divina, este viaje – por decirlo de algún modo – es necesario para que exista la individuación del ser. Como alma, has estado moviéndote desde un punto hacia el otro.

Ciertamente las expresiones “un punto” o “movimiento” no deben ser entendidas literalmente, ya que la realidad no tiene partes o lugares a donde se pueda ir, ya que es infinitamente una. En ella no puede haber espacios que recorrer. Sin embargo, sí que se lleva a cabo un movimiento de realización de la consciencia del ser.

El creado emerge de la fuente de la vida, y es impulsado a conocerse a sí mismo como lo que es, es decir como expresión del amor perfecto. Conocimiento este, que solo puede alcanzarse en la verdad, pues ella es su esencia, realidad y morada. Solo cuando este se alcanza, puede decirse que se ha alcanzado la plenitud, puesto que el conocimiento y lo que el creado es, son uno y lo mismo. De Dios procede, en el Espíritu de amor existe, y hacia Cristo se dirige, el ser creado por puro amor santo.

Lo que acontece en el alma, acontece en la consciencia universal a la que está indisolublemente unida, y viceversa. De tal modo que la trayectoria que cada una recorre, es la misma que aquella que transita la humanidad como un todo. Brotas de mi divino corazón. Se te revela el don de la libertad de elegir deliberadamente al amor. Recorres el camino que te lleva al conocimiento de quién eres en verdad, para hacer la opción por el amor. Y luego, te fundes en el sagrado corazón, el cual es la unidad de mi divino ser y la verdadera creación.

Dicho llanamente, del amor procedes, en el amor te conoces, y al amor retornas, en el perfecto conocimiento de tu eterna unicidad. Lo mismo sucede con aquello que llamaremos consciencia colectiva. Toda alma pertenece a un colectivo. Por esa razón es que podemos hablar de familia humana. La suma infinita de todos los colectivos, o grupos de creaciones, por decirlo de alguna manera, conforma la filiación.

Cuando decidiste conocerte a ti mismo fuera de la fuente del saber hermoso, es decir de la verdad, te uniste a un tipo de conocimiento que no era tal. Esta decisión no era irrevocable. Esto se debe a que en realidad esa fue la elección de no conocerte. Lo hiciste basándote en la idea de que no era necesario unirse al conocimiento de la verdad acerca de lo que eres. Esto te costó la consciencia del cielo de tu ser.

Para que ello sea posible, tuvo que existir de antemano una consciencia colectiva a la que puedas unirte, la cual estuviera fundamentada en la negación del conocimiento, y por ello del ser. Sin embargo, esa opción estaba destinada a no perdurar, ya que lleva dentro de sí las cimientos de la disolución.

La negación del ser implica necesariamente dejar de existir. Dado que eso es imposible, pues la eternidad es tu fuente y realidad, lo que sucedería al hacer esa opción es que crearías un estado de conflicto. Un reino de caos donde no se puede morar en paz. Pero en él habría una puerta de salida, que no es otra cosa que la misma por la que ingresaste. Es decir, tu libre determinación.

¿Cómo llegarías al punto en que ejercerías tu libre albedrío para hacer la opción fundamental de vivir en la verdad? es de lo que se trata la experiencia que llamas del mundo. O si prefieres, para ser más específicos, una dimensión de tiempo, materia y espacio aparentemente separada de Dios.

Naturalmente, una realidad desunida de la fuente de la creación, es decir del amor, es algo imposible. Para eso, la mente hizo un uso inexacto de sus facultades, es decir de lo que es. En vez de co-crear en Cristo, fabricó lo que llamas fantasías. Es esta una capacidad del alma que nada tiene que ver con la creación original.

II. El amor: la única realidad

Dios no alberga fantasías acerca de nada. Tu ser tampoco. De un sistema de pensamiento basado en cosas imaginarias, solo surgiría un mundo de imágenes. Y así sucedió. No en la creación divina, sino en tu experiencia particular, dentro de un colectivo que estaba en armonía con ello.

Recuerda que siempre pertenecerás a una consciencia universal, independientemente de cómo la concibas. Puedes permanecer unida a la consciencia de la Luz o a la inconsciencia del ser. En ambos casos pertenecerás a un “colectivo” a lo que te adhieres.

Nada en la creación puede existir sin estar unido algo mayor a sí mismo. La parte no puede prescindir del todo, pues para ser “parte” debe serlo de algo. Ese algo es la totalidad a la que esta se une. En otras palabras, la identidad es siempre una cuestión compartida. Ninguna criatura puede ser fuente de su propia identidad. Solo Cristo es la fuente de la verdadera identidad, porque solo Dios es la fuente del significado.

Quizá te preguntes, para qué hablamos del pasado, en una obra que revela lo nuevo. Lo hacemos para que puedas comprender con mayor claridad a dónde estás. Has llegado al punto en el que – como alma individuada y humanidad – retornaste al conocimiento de quién eres en verdad. Con ello, has alcanzado el estado de unidad del ser. Ya no eres un ser sin razón, o que niegas la verdad.

Eres el amor reintegrado. Por lo tanto, todo es nuevo. No en razón de lo que el intelecto pueda comprender o imaginar. Sino en razón de lo que la consciencia de la verdad que eres va co-creando en unidad con la consciencia suprema. Se ha restablecido la conexión consciente entre tu humanidad y Dios. Es la primera vez que eso sucede en el viaje de tu alma. Permíteme explicarte esto.

En el plano del ser, nunca estuviste separado de la fuente del amor hermoso, porque si eso hubiera sucedido dejarías de existir. Sin embargo, cuando fuiste creado se te dotó de libre albedrío. Esto forma parte de lo que eres.

Ser libre es la voluntad de Dios para sus creaciones. De lo contrario, Él mismo no podría serlo. De tal modo que, al emerger del divino corazón, el alma lleva dentro de sí una pregunta, como si se tratara de una semilla plantada dentro de lo que eres. Tal pregunta existe en todo ser viviente, no solo en el alma humana.

Para ser más precisos, la pregunta fundamental de la cual estamos hablando aquí, no existía como pregunta propiamente dicho en el estado primigenio. Esto se debe a que la mente no había aún concebido el lenguaje de la separación, el cual utiliza palabras que nunca pueden ser entendidas por todos, ni todo, pues esa es su finalidad.

La pregunta fundamental en realidad es un llamamiento. Una llamada de Dios a su criatura. Es la voz del amor llamando al alma a hacer la opción por el amor. Toda creación lleva dentro de sí esa llamada.

Dado que el estado mental que surgió en el alma como efecto del estado de separación, interpreta todo en base al lenguaje de las palabras que la mente elabora, lo que sucedió es que la llamada se transformó en pregunta. Pero aun así, sigue siendo un llamamiento. Una invitación amorosa que vive en todos los corazones. Es la pregunta que llevaste dentro de tu alma, la cual no te dejaba en paz y preguntaba qué soy.

Detrás de ella está la invitación a elegir solo el amor como tu única realidad y con ello a la verdad como lo que eres. En última instancia, es la voz de Cristo que una y otra vez te dice; ¿me das tu alma? Esta petición que el amor le hace al amor es universal, y encierra dentro de sí la gracia del libre albedrío, lo cual es esencial a lo que eres.

El amor y la libertad no pueden ir separados porque son lo mismo. Esa es la razón por la que no existe ser en la creación que no desee ser libre, y por la que el cautiverio nunca será de tu agrado. La libertad es el estado natural del ser. En pocas palabras, si carecieras de libre albedrío, no podrías amar, ni vivir en el amor. Eso haría que dejaras de ser. Dado que el amor es quien te ha creado como extensión de lo que es, estás llamado a ejercer tu libertad en razón del amor.

III. Libre albedrío y voluntad

Todos han venido al mundo del tiempo, la forma y el espacio, para ejercer su libre albedrío en unión con la verdad. De eso se trata el viaje del alma. De un camino que se recorre, desde el no ejercicio de su libertad, hacia la plenitud de su ser. Nadie puede alcanzar un estado de plena realización si no ejerce su libertad conscientemente. Dios conoce esto con perfecto conocimiento. Él es tan libre como lo eres tú y todas sus creaciones.

Lo que se te está recordando, amada de mi divinidad, es que nadie está obligado a amar. Esto es algo que puedes comprobar de modo sencillo en tu experiencia humana. No puedes obligar a alguien a que te ame, del mismo modo en que nadie te puede forzar a amar algo o a alguien. Tampoco a dejar de amarlo.

En pocas palabras, el amor no se puede imponer. Tampoco se puede aprender. Eso es lo que hace que las creencias sean impotentes ante su realidad. Y también los sistemas de pensamiento. Nada puede imponerse al amor. En ello reside su soberanía, su fortaleza y su inquebrantable paz.

El tiempo se te ha dado para que dispongas de él para ejercer tu libre albedrío. Es decir, para responder a la pregunta que el Creador ha impreso en todos los corazones, llamándolos a aceptar al amor perfecto como su única realidad, y su ser. Y de ese modo, pasar a gozar de las maravillas que el amor creó, y eternamente crea en unión con la verdad.

Igualmente, el espacio se te ha concedido para que exista un espacio de libertad, donde puedas ejercer la opción fundamental. Lo mismo acontece con el cuerpo físico, la personalidad y todo lo que existe en el universo material. Todo está ahí para contribuir a tu perfecta realización, la cual alcanzas al vivir en la libertad de los hijos de Dios.

¿Puedes darte cuenta, de que la única diferencia que existe entre unos y otros, es simplemente que hay quienes ya han optado, y quienes aún postergan esa opción, dentro del marco de su libre albedrío, el cual siempre será respetado por Dios? Este criterio de discernimiento es esencial a esta revelación.

Ya no vemos a algunos como buenos o malos, sabios o ignorantes, acertados o equivocados. Miramos todo desde la perspectiva de la verdad. Reconocemos que la diferencia radica únicamente en el hecho de ejercer o no el libre albedrío. Quienes aún no lo han hecho, lo harán a su debido tiempo.

Los que ya han respondido a la llamada de lo alto, continúan su existencia recorriendo el eterno camino del amor santo. Lo hacen de la mano de Cristo, a quien han aceptado libremente como la verdad, la única realidad de lo que son, y la fuente de su ser.

Quizá te preguntes ¿para qué siguen estando en el mundo, durante un tiempo, quienes conscientemente han hecho la opción por el amor, y anhelan vivir en la unidad divina de todo corazón? Escucha amada mía. ¿Qué otra razón puede haber para ello, sino la de extender amor? Ellas son amor.

Almas que han alcanzado en la tierra la unidad del ser. En razón de ello, saben que hay hermanas y hermanos que aún siguen durmiendo el sueño del olvido. Un estado de no elección, procedente de la existencia de un conflicto interior que lleva a la mente a no decidirse.

Lo saben porque ellas mismas lo han experimentado. Sus memorias han sido sanadas por el amor. Por su libre elección, no dejarán el mundo hasta que no hayan completado su parte en la obra del despertar universal al amor, la cual es una empresa de colaboración, como todo en la creación.

Dicho de otro modo, hasta no dar lo que ellas están llamadas a dar, para que el mundo terrenal despierte a la verdad. Al estar unidas conscientemente a Cristo, lo hacen en perfecta armonía con la voluntad de Dios, con la que son una unidad eterna. Extienden la luz divina de su ser, a pesar de las vicisitudes que pudieran llegar a haber en los caminos del mundo. Esto se debe a que conocen la verdad. No se amedrentan por nada. Saben que no existe tal cosa como el cielo allá y la tierra acá. Conocen la unidad. Se gozan extendiendo el amor que son, ahora y siempre.

Vayan donde vayan, las almas que han ejercido su verdadera libertad, permanecen unidas al amor. Descansan en paz en sus brazos, estén donde estén, y experimenten lo que experimenten. Sus vidas ya no les pertenecen, pues se las han entregado a Cristo, fuente de toda verdad y santidad; para que se realice en ellas, y a través de ellas, lo único que puede ser realizado, la eterna extensión de Dios. Al saberse eternamente amadas, por un amor que no tiene principio ni fin, y en cuya realidad se encuentra la plenitud del ser, gozan eternamente de la alegría de la perfecta realización.

Capítulo 2. El movimiento de la consciencia

I. El todo y la parte

Así como el alma realiza un viaje sin distancia desde el estado de ser creada, en la pura potencialidad del ser, hacia la toma de consciencia de su identidad, es decir hacia el conocimiento pleno de lo que es, de la misma manera sucede con la consciencia universal. Esto quiere decir que tanto el alma particular como la consciencia colectiva a la que esta se une, realizan un movimiento acompasado. Son parte de una misma realidad. Son unidad.

No es posible comprender el camino del alma, sin conocer el de la consciencia universal a la que pertenece. Ni viceversa. Ambas son parte de una totalidad que no puede separarse, si es que se desea entender las cosas a la luz de la verdad. Para responder a la pregunta de qué es la humanidad, hacia dónde está yendo, o dónde está, solo necesitas saber lo que acontece en tu realidad. En pocas palabras, no hay diferencia entre el viaje de la creación y el tuyo.

El creado siempre realiza la misma jornada, la cual puede definirse como un camino hacia el conocimiento de lo que es. Este conocer no significa solamente saber, sino pura aceptación. Esta es la razón por la que, aceptar plenamente lo que es trae paz a la consciencia.

La aceptación y el conocimiento van de la mano. Esto se debe a que, no aceptar lo que es tal como es, significa que crees que puede ser algo distinto a lo que en verdad – y no en fantasías – es. ¿Cómo podrías desear que las cosas sean diferentes de lo que son, si no albergaras de antemano la creencia de que algo así es posible? Digámoslo de otro modo.

No aceptar la realidad de las cosas tal como son, es señal de que crees que puede haber otra fuente del saber, diferente de la realidad. ¿No es esto acaso una negación de la realidad misma? ¿Con qué otro motivo se la negaría, sino para sustituirla por algo diferente?

Alma bien amada. La realidad es la única fuente del saber hermoso, porque es la eterna extensión de Dios, fuente y propósito del conocimiento. A ella solo puede accederse cuando la mente y el corazón unidos en la verdad, están en paz.

La serenidad de espíritu es necesaria para permitir que la benevolencia de la verdad se haga presente. La razón por la que esto es así, se debe a que el amor solo hace acto de presencia allí donde mora la paz. Y dado que la verdad es la voz y el poder del amor, solo cuando este ingresa en la mente y el corazón humanos, la humanidad puede recibir la revelación.

Aquellos primeros hermanos y hermanas que antaño caminaban por la tierra, aun siendo de naturaleza humana, no habían alcanzado el grado de consciencia que les permitiría concebir la idea de Dios, ni del amor. No siempre la humanidad expresó su anhelo de unión a lo trascendente, o su impulso a la búsqueda de la verdad. Esto debiera decirte algo. Eso se debe a que es la consciencia la que dicta el modo de ser de la criatura. Es decir, su expresión.

Podemos decir que los primeros hijos de Dios que pisaron la tierra, llevaban dentro de sí, una semilla bendita, la cual ahora es una hermosa flor desplegada en tu humanidad. Del mismo modo, tú llevas dentro de tu corazón, una semilla divina, la que se manifestará como una nueva flor de santidad que embellecerá la creación. Así es como el universo avanza hacia la plena consciencia del amor que es.

Para entender con mayor claridad lo que se está recordando en este diálogo, es importante que mires a lo creado como expresión de la consciencia y no al revés. Si bien ambas son una unidad, te resultará más sencillo ver a una como manifestación de la otra, al menos por ahora.

Con esta idea en mente, puedes ver cómo la vida humana es expresión del tipo de consciencia universal a la que está unida en el presente. Y esta, a su vez se encuentra en un determinado grado de unión con la verdad. En realidad, el camino terrenal que recorres, al igual que tus hermanas y hermanos en Cristo, no es otra cosa que una senda de regreso a la casa del Padre.

II. La consciencia de ser

Cuando hablamos de humanidad, nos referimos a la expresión presente de tu naturaleza en el plano del tiempo y el espacio. Hacemos esta aclaración para que no se confunda la manifestación temporal en la realidad física, con la manifestación eterna de tu ser. Lo que eres no deja de ser lo que es cuando has cumplido tu propósito en el plano de la expresión material.

Existe la humanidad celestial, es decir la vida de lo que eres en la plena realización divina. En ella, permaneces unida a todas las realidades manifestadas y por manifestar, las cuales están siempre en armonía con el ser de puro amor que les da existencia. Dicho de otro modo, vives plenamente consciente en la realidad divina.

La consciencia, que es lo que eres en verdad, se va manifestando para conocerse. Tu humanidad física – o experiencia terrenal- es un medio para conocerte. Y de ese modo responder a la llamada del amor. Sin dudas es un medio indirecto, puesto que el conocimiento halla su fuente en Dios. Pero, aun así, no deja de ser el medio elegido para tu plena realización hacia la toma de consciencia de lo que eres. Como tal, es un medio perfecto ya que su fin es la perfección.

No existe nada en tu humanidad que no deba ser abrazado en el amor, porque toda ella te permite llegar a donde verdaderamente anhelas estar. Es decir, a vivir la vida de Dios conscientemente en la unidad del ser.

El conocimiento que aquí se revela, por medio de la expresión en la palabra humana, no estaba disponible antes de este tiempo. Si bien este existía como pura potencialidad en el alma, eso no significa que se hubiera manifestado. Lo no manifestado no es conocido.

Así como la humanidad no siempre fue consciente de la existencia del Ser supremo, tampoco lo fue siempre de la verdad de que ese Ser fuera amor y nada más que amor. Una vez que alcanzó el grado de consciencia capaz de hacer de esta verdad una realidad para ella, pudo dar el paso siguiente. Ese paso es el que se está dando en el presente de la historia de la creación. El paso que lleva a la plena aceptación de que no solamente el Creador es amor, sino que también lo es el creado, al ser una unidad eternamente santa.

Quizá pienses que esto no es de gran relevancia. Pero déjame decirte que sí lo es. En efecto, es un salto cuántico en la consciencia universal. Tan transformador como lo fue la expansión de consciencia que llevó al mundo a crear religiones, y todo tipo de concepciones espirituales y filosóficas. De ello surgió el mundo que experimentas.

No hay un solo sistema de gobierno, organización humana, o de desarrollo en las ciencias, que no sea el que es como efecto de la consciencia universal que le da origen. Esta es la razón por la que, en un pasado inmemorial era imposible que las expresiones que hoy existen en el mundo pudieran existir. Todo tiene su tiempo en el reino del tiempo, incluso para la consciencia.

Una cosa es tener una cosmovisión en la que te concibes como un cuerpo, abandonado a la deriva en un mundo temible y peligroso; y otra muy diferente es la de saberte la hija bien amada de un Dios que es amor infinito y poder sin límites. Y cuya única voluntad es que seas eternamente feliz en Él, para lo cual te ha hecho heredero de su honor y su gloria. De una, surgirá un mundo de luchas, competencias y supervivencia. En fin, un mundo sin piedad. De otra, uno en el que se alabará a Dios en la eterna realidad del amor. No como efecto de una creencia, sino como expresión viva de lo que dicta el corazón unido a la mente en santidad.

III. La luz de la verdad

Ha llegado el tiempo en que la expresión de la creación refleje a viva luz la verdad. Es un tiempo sin igual. No lo ha habido hasta ahora, desde que el espíritu de Dios sopló sobre la tierra yerma y llamó a las criaturas a la existencia.

¿Crees acaso que los que te antecedieron siempre conocieron el amor? No. No lo hicieron, sino hasta que la consciencia estuvo lista para poder manifestar ese conocimiento. Dado que la manifestación y su fuente son una unidad, el amor solo hizo acto de presencia en la consciencia universal cuando esta estuvo lista para aceptarlo como parte de lo que es. Toda expresión tiene su origen en el ser que le da existencia.

Era natural esperar que, una vez que la consciencia universal fuera capaz de aceptar al amor como parte de lo que es, surgiera el conflicto. Recuerda que llamamos como tal, a la consciencia del universo material y no a la consciencia infinita de Dios.

Al optar por comenzar a expresar el amor que es, la consciencia se preguntó ¿Qué significaría aquello que había manifestado, también como parte de lo que es, siendo ello lo opuesto al amor? ¿Cómo sería posible ser dos cosas antagónicas a la vez? Así es como entró el conflicto al mundo. De ese estado del alma, no podía surgir otra cosa que un reino de enemistades y rivalidades de todo tipo. La conflictividad creciente del mundo daba testimonio de ello. No podía ser de otra manera.

En última instancia, esas expresiones permitían que la consciencia universal viera el estado de conflicto en el que estaba. Se conocía a sí misma en lo que era en su presente. Los contrastes

estaban allí, a la vista de sus ojos, para que pueda conocerse a sí misma por medio de la expresión. El amor la seguía llamado y ya no podía – ni deseaba - desoír su voz.

Que la consciencia pueda verse a sí misma, quizá te resulte algo evidente y no tan trascendental. Sin embargo, permíteme recordarte que no siempre fue así para la consciencia del creado. Antes del momento de toma de consciencia, la creación material era en todo inconsciente de sí misma. Esto incluye también a la humanidad.

Pasar del estado de inconsciencia del ser, hacia el de ser consciente de sí mismo ha sido un salto de proporciones inconmensurables. Solo cuando tu alma optó por ser consciente, y con ello abandonar el estado de inconsciencia, es cuando pudo saltar a la luz, y dejarse abrazar por el amor que es.

La pregunta de qué soy, no siempre estuvo visible en la consciencia del creado. La negación del ser hacía que ni siquiera sea formulada conscientemente. Así fue como permaneció enterrada en las oscuras bóvedas de la negación durante el tiempo en que se negó la verdad. Dicho de otro modo, mientras se eludía la llamada del amor a permanecer unida a él por siempre.

La inconsciencia no es un estado propiamente dicho, aunque se asemeja bastante. En realidad, es un estado consciente en el que el alma hace oídos sordos a la llamada de Dios. Al darle la espalda a la luz de la vida, que es el sol perpetuo sobre el que se fundamenta la existencia, el alma no podía ver otra cosa que una sombra proyectada de sí misma. Al creer ser eso, externalizó oscuridad.

Llegó un momento en que giraste tu mirada hacia la verdad. Su luminiscencia primero te encegueció, por causa de estar tanto tiempo sin contemplarla. Hasta que tu visión espiritual fue restaurada y comenzaste a ver con los ojos de Cristo, única fuente de verdadera visión.

Cuando duermes, tienes los ojos cerrados. Cuando despiertas los mantienes abiertos. Algo similar es lo que ocurre en el camino de la consciencia Universal. Pasa de un estado de sueño del olvido hacia uno del despertar al amor. Esto lo sabes bien, pero en lo que pocas veces reflexionas es que la naturaleza humana es un todo, unida al Todo de todo. Esto no es un juego de palabras. Es la pura verdad.

Al unísono, la naturaleza humana cayó en un largo sueño, y al unísono despierta. Es cierto que en la simbología del Génesis nunca se ha dicho que Adán haya despertado de su sueño. Sin embargo, ese despertar existe y es ahora.

IV. La única llamada

El tiempo transcurrido desde el instante en que la consciencia se sumergió en el sueño de Adán, y el inicio del despertar; fue el que antecedió a la primera venida de Cristo. Allí terminó el tiempo de soñar en el exilio, y comenzó un espacio temporal en el que la creación universal comenzó a despertar.

En cierta medida, puedes considerar a la encarnación de Cristo en la humanidad, como el repicar de las campanas del Señor, las cuales resonaron en todos los corazones, llamándolos a despertar a la realidad del amor perfecto. En otras palabras, el amor llamó al alma de un nuevo modo, aunque con el mismo mensaje y para el mismo fin: vivir eternamente en la dicha del amor de Dios. Nunca hubo otra llamada. Ni otra respuesta que estuviese esperando el amor.

Permíteme recordarte lo que aquí decimos, dada la importancia que tiene para esta revelación. La vida terrenal no es otra cosa que un tiempo dado al alma, para que responda a la pregunta

que Cristo hace a cada ser desde el instante mismo de su creación. El tiempo que cada una de ellas se tome para responder es asunto de la libertad. Pero finalmente todos responderán.

Te invito a considerar el tiempo del sueño del olvido, no como un tiempo en que se ha negado propiamente al ser, o al conocimiento, es decir a Dios, tal como hasta ahora lo has concebido. Más bien has de verlo como un tiempo en el que el alma todavía duda antes de decidirse. Por esa razón es que el amor, en su infinita benevolencia, ha creado el universo perfecto donde se le diera al alma el tiempo que necesite para decidir, en virtud de su libre albedrío.

Ese pedido de tiempo del alma, es lo que creó – en unidad con Dios – el tiempo en sí, y con ello el mundo que conoces con todas sus leyes. Esa también es la razón por la que, en el reino del tiempo viven el amor y la verdad, en toda su hermosura y santidad.

Hija de mi divino corazón. Alma bien amada. Nunca has despreciado a Dios, ni lo has negado. Simplemente has pedido tiempo para decidir en el ejercicio santo de tu libertad.

Tu pedido halló el beneplácito del amor. En razón de ello, creó para ti un reino donde eso fuera posible, en unidad con tu libre albedrío y su divina voluntad. No como castigo, sino para que juntos – permaneciendo abrazados en la luz de la unidad – se te revele la verdad de lo que ese llamamiento significa. Y finalmente, te decidieras a aceptar al amor, como tu única realidad, tu fuente y tu gozo sin fin, y a la verdad como tu morada santa. Siempre unidos. Siempre amándose. Siempre en el cielo del amor que no tiene principio ni fin.

Capítulo 3. Suenan las trompetas

I. La voz del amor

Una vez que la llamada del cielo se hizo humanidad en el Cristo humanado, esta se hizo más audible para la creación material. O, mejor dicho, se hizo una con la realidad terrenal que el alma estaba experimentando. Si meditas acerca de lo que aquí se te está diciendo, verás que esto tiene sentido.

Si la llamada es universal, no puede estar ausente en ninguna de las realidades que existan, incluso aquellas que no fueron creadas por Dios. Con esto me refiero a que, a pesar de que la mente pueda querer fabricar un mundo de fantasías, la pregunta de Cristo al alma seguirá activa en el centro de cada ser.

Recuerda que los pensamientos no son el ser, ni las fantasías pueden llegar al centro de lo que eres. Si lo hicieran, no seguirían siendo ilusiones, ya que lo que se une a ti se hace verdad en razón de lo que eres.

El motivo por el que la llamada de Cristo está activa siempre, y es universal, es porque es la llamada a la existencia. Sin ella, nada existiría. Y Dios sabe que deseas existir, tal como lo desea toda criatura. De lo contrario no las hubiera creado. El acto creador no es una acción egoísta. No surge de la divina voluntad separada de la voluntad del creado. Al llamarte a la vida, el amor ha respondido a tu voluntad de ser.

El llamamiento de Dios a la creación es eterno, por lo tanto, se hace ahora y siempre. Lo mismo sucede con la respuesta. Al responder el alma a la invitación del cielo, a vivir eternamente en la dicha del amor perfecto que ella es, lo hace de modo perpetuo. Esta respuesta sin fin, no significa que se tenga que pensar en responder, o hacer eternos discernimientos. Ni siquiera requiere palabras.

El amor no piensa en los términos de lo que llamas pensamientos humanos. No elabora razonamientos. Tampoco hace nada. El amor simplemente es. ¿Qué otra cosa puede pedirle Dios al alma, sino su voluntad de amar, ya que eso es lo único que es totalmente suya?

La llamada a la existencia no es un capricho divino, es la voluntad de ser que existe en ti. ¿Cómo es posible que antes de ser creado, ya hubieras expresado tu voluntad de ser? Esto se responde de modo muy sencillo. Nunca hubo tal cosa como un antes de ser creado. Existes desde toda la eternidad porque Dios es eterno. No hubo nunca un tiempo en que tú y Yo no existiéramos unidos en la verdad. Ni lo habrá.

¿Cómo comprender la verdad que te dice que has existido desde siempre, y tu existencia es la respuesta a tu voluntad eterna de ser? Reconociendo la verdad de lo que eres; un aspecto de Dios. Por lo tanto, tienes que ser eterno.

II. Reflejo de Luz verdadera

Eres el espejo del cielo en el que Dios mismo ve reflejado un aspecto de su ser. En otras palabras, eres literalmente un pedacito de cielo. La suma infinita de todos los espejos de santidad – que son los diversos aspectos de la creación – es lo que hace que Dios se conozca a sí mismo en la filiación. ¿Acaso un creador puede conocerse como tal, de otro modo que no sea en sus creaciones? ¿Si la creación es el rostro de Dios, donde Él mismo se conoce en su poder creador, como no iba a ser santa, bella, perfecta?

Para que pueda existir el libre albedrío, era necesario que existiera la potencialidad de darle la espalda a la verdad. Evidentemente, si se tomaba esa opción, de ello surgiría un estado en el que, a pesar de que la creación fuera expresión de lo divino, no puedes verla ni reconocerla. Pero, tal como ya hemos dicho, darle la espalda al sol no significa que el sol deje de existir; o que sus rayos dejen de abrazarte con su luz, calor y vitalidad. Lo único que eso quiere decir, es que estabas mirando para otro lado. Hacia la nada. Un modo sencillo de comprender esto es el siguiente.

Al dejar de mirar a la verdad como tu única realidad, lo que hiciste fue dejar tu capacidad creadora en suspenso, por eso es que la mente quedó en blanco. No dejaste de ser el que eres, pero sí que quedó en suspenso la respuesta a la invitación a formar parte de los procesos creadores de Dios, a los que estás llamado a unirte desde el instante mismo de tu creación.

Dios es ternura sin fin. Esto hace que su voluntad disponga que sus hijas e hijos bien-amados sean despertados serenamente y con suavidad. La llamada a despertar al amor, es más suave que la más tenue brisa de verano, y más tierna aún que un hermoso copo de nieve. Al mismo tiempo, es portadora del poder que crea la vida, y sostiene al universo en la existencia.

El amor siempre respetará la libertad. Esta es la razón por la que a cada cual se le respeta su tiempo y proceso, para hacerse consciente y responder a la invitación del amor a vivir en la verdad. El cielo puede esperar, pues sabe que incluso en esa espera hay amor, santidad, perfección. Lo hay, porque respetar la libertad del alma es un acto de amor perfecto, y por lo tanto santo.

En términos de la verdad, poco importa si optas por un camino u otro en relación a lo que eres. Dios siempre irá a tu lado y en ti. Él seguirá contemplándose a sí mismo en toda su Gloria al contemplarte a ti, porque no ve ilusiones. Ve todo tal como es, pues es la fuente del ser. Por lo tanto, la llamada a despertar no es para Él, sino para ti. ¿Para qué? Para que tú también puedas

ver la grandeza, magnificencia, e inefable belleza de Cristo, y de ese modo te goces eternamente en la alegría de conocerte en Él.

Lo que Dios ve cuando te mira, deja al alma muda de amor y hermosura. Lo que su divino ser vive, en esa perpetua visión de la verdad, es dicha sin fin, vida en abundancia, plenitud sin límites, amor sin fronteras. Todo eso y mucho más - en términos de perfección - es lo que te pertenece por derecho de nacimiento. Y lo que el amor divino quiere que hagas tuyo, pues tuyo es. Y no solo dispone eso para ti, sino para toda la creación. A todos os llama para que viváis en la verdad de la santidad que sois, por toda la eternidad. Es un llamamiento a vivir en la paz que no tiene contrario y es el basamento de la vida.

III. La opción del creado

Se te está diciendo con claridad, amada de mi corazón, que lo que sucedió hasta este momento, tanto para ti como para la consciencia universal del creado, es que se recorrió un camino en el tiempo para poder elegir, es decir para hacer la opción fundamental del alma. También se está revelando que esa opción fundamental ha sido hecha por tu alma y por toda la creación.

Dicho llanamente, el universo creado le ha dicho sí al amor. En razón de ello, todo está siendo embebido por él. Iluminando. Reuniendo. Santificando. Como efecto de ello, se ha abandonado la era de la razón, para dar inicio a la era del corazón.

La historia de la creación ha sido un viaje sin distancia, desde el estado de creado a la espera de realizar su opción eterna, hasta el momento en que le dice sí a Cristo. Una vez realizado esto, en el interior profundo de la consciencia, la humanidad vive su noche oscura del alma, para luego resucitar a la luz de la vida. Así como es adentro, es afuera. Tal como aconteció en tu camino de ser, lo mismo ocurre en el mundo entero.

Sí, amada mía. El tiempo que antecedió a esta nueva era llamada era del corazón, la cual se está manifestando ahora, ha sido un largo camino desde la negación del ser, hacia su aceptación, para luego atravesar la noche oscura universal. Y de allí, pasar a vivir en la luz de la divina gloria. No podía ser de otro modo, pues no existen diferencias esenciales entre la parte y el todo. Entre lo que cada aspecto de la naturaleza humana es, y lo que es el todo de la humanidad.

A estas alturas es necesario que comprendas qué es verdaderamente aquello que llamamos noche oscura universal. De eso hablaremos en este diálogo de amor y verdad.

Lo que llamas noche oscura, independientemente de que se refiera a un alma o a toda la creación, pues ambos son una unidad, hace referencia al tiempo que va desde la plena aceptación del amor, como la única verdad del ser, hasta el des-hacimiento de lo que no es verdad. Una vez que las diversas capas de ilusión se van desmantelando, la santidad del ser puede refulgir en toda su magnificencia. En cierta medida, es como si fuera el parto de Cristo en la creación.

Antes del alumbramiento hay un proceso. Así como la vida de un niño que va a nacer, se va gestando en la oscuridad del vientre de la madre, tu ser permanecía en las profundidades del corazón de Dios, resguardado de todo engaño, a la espera del momento perfecto en que debía salir a la luz.

Ese tiempo perfecto es ahora. No un ahora eterno, en el sentido de que siempre pudo ser y siempre podrá serlo. Sino, en un ahora concreto. Este momento histórico de tu vida, de tu alma,

y de toda la creación, incluyendo desde luego al mundo entero. Ahora, y no antes, conforme lo comprende el tiempo. ¿Acaso no fue para ello que se creó el tiempo, para darle tiempo a la creación para hacer la opción fundamental?

IV. El sí ha sido dado

La llamada universal ha sido escuchada, y respondida. Nadie que la escucha puede dejar de responder, pues escuchar y responder son en verdad lo mismo. Así es como sucedió en tu consciencia y en la de la creación. Llegó el tiempo en que te decidiste a escuchar la voz del amor en tu interior. Cuando hiciste esa elección, le diste al unísono tu sí a Cristo, pues de eso se trataba la llamada.

Al darle tu sí, tomaste la decisión irrevocable de que todo lo que no fuera verdad acerca de ti, y de tu realidad, se desvaneciera para siempre. Dicho de otro modo, le pediste al Espíritu Santo que venga a iluminar tu humanidad, y deshiciera todo lo que no estaba en armonía con la santidad de tu ser. Y Él no se hizo esperar.

Tan pronto lo invocaste, el Espíritu Santo hizo acto de presencia en ti, y comenzó a hacer lo que es su función hacer, restaurar y sostener el recuerdo de lo que eres en tu mente y corazón. Para hacer eso, te dejaste llevar al desierto donde te habló al corazón. Fue un diálogo de padre a hijo, de madre a hija, de maestro amoroso a alumno humilde y receptivo. Un diálogo en el que participó no solamente tu humanidad, sino toda la creación.

Fue un encuentro de la totalidad, realizado en la parte. En ese encuentro de corazón a corazón, todo quedó transformado. Lo que nunca fue, dejó de ser para siempre. Al hacerlo, estructuras de pensamiento, patrones mentales y emocionales, creencias, modos de ver las cosas y de ser, fueron primero reemplazados por sus opuestos en santidad, para finalmente ser abandonados por completo.

Como efecto de la transformación, tu mente y corazón fueron vaciados de todo lo que considerabas “tuyo”, para poder ser absorbido por el amor. Dejaste de pensar por ti mismo, para permitir que sea Cristo quien piensa en ti. Abandonaste el deseo de vivir por ti mismo, para permitir que sea Cristo quien viva en ti.

Esto no es algo que sucedió solamente en ti. No podría haber acontecido en tu consciencia particular si antes no estuviera disponible esa opción. De manera tal que, los tiempos que antecedieron a ese encuentro real con Dios, sirvieron como preparación de la opción fundamental que viniste a realizar al mundo.

El paso por el tiempo es el último peldaño del alumbramiento del ser. Es atravesando ese estadio como naces a la vida eterna. Esta revelación es de gran relevancia, pues te permite conocer el propósito del mundo tal como lo ve Dios. Piensa en él, no como una vida que se te da para ver si apruebas un examen o un conjunto de pruebas, sino como la última etapa de un camino hacia la plena realización de lo que eres. Los que vienen a él vinieron a despertar, pues están listos para hacerlo. En efecto, todos los que caminan por los senderos del mundo están despertando. En ese sentido todos están despiertos, pues han venido al reino cuya meta es la de despertar al amor.

¡Cuán misericordioso es Dios, que ha permitido que exista el reino del tiempo, para que su hija bien-amada pueda optar por el amor! ¡Cuán sabias son sus obras! Ha hecho que en él exista todo lo necesario, para que se pueda alcanzar el conocimiento de la verdad y ejercer el libre albedrío. ¡Qué bondadosos, sus designios! Él mismo ha decretado las leyes del universo. Al

hacerlo, lo ha dotado de las leyes perfectas para que el alma pueda conocer la verdad acerca de su ser. Y al conocerse en su serena luz, le regale un sí perpetuo al amor de Cristo. Así es como el alma se dice sí a sí misma, pues no es otra cosa que amor.

¡Qué grande es el amor! Su ser está más allá de toda palabra. Con su voz ha dado vida a todo lo que vive. Para sus creaciones es madre y padre, hermana y hermano, amigo y unidad. Estando su ser más allá de todo símbolo, se hace palabra humana. No teniendo límites, se une a la forma para hacerse uno con la materia. Siendo eterno, abraza el tiempo.

Y todo ello, por puro amor al alma. En su bondad ha dado órdenes a sus ángeles para que hagan sonar dulcemente las trompetas del cielo. Para que todo el universo pueda oír la voz del amor llamando a la vida que no tiene fin. Y ha dicho que ese cántico celestial perdure por los siglos de los siglos hasta la consumación de los tiempos. De tal modo que todos puedan oír con claridad la llamada de lo alto, diciéndole a cada criatura:

Ven, amada mía, amor de mi ser. Ven a gozar de las maravillas que preparé para ti desde toda la eternidad.